

DOMINGO SEGUNDO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 11, 1-10): *Brotará un renuevo del tronco de Jesé.*

Salmo (71, 1-2.7-8.12-13.17): *«Que en sus días florezca la justicia, y la paz abunde eternamente»*

2ª lectura (Romanos 15, 4-9): *Dios, fuente de toda paciencia y consuelo.*

Evangelio (Mateo 3, 1-12): *Convertíos. Porque está cerca el Reino de los Cielos.*

El Adviento es, sobre todo, un tiempo de esperanza, un tiempo de preparación que surge en la Iglesia, en un principio como tiempo para preparar la venida gloriosa del Señor, un tiempo que orienta a los cristianos hacia el retorno glorioso del Señor al final de los tiempos. Pero conforme se afianzó la celebración de la fiesta de la Navidad y empezó a cobrar importancia, el Adviento se presentó también como un tiempo para la espera gozosa de la Navidad. Este tiempo de esperanza, la Iglesia lo expresa en la liturgia a través de los textos proféticos inspirados por la espera de la venida del Mesías y sitúa como los grandes personajes de la liturgia del Adviento al profeta Isaías y a Juan Bautista.

Así, hoy el profeta Isaías, en la primera lectura nos presenta la esperanza de Israel. En un tiempo donde, en Israel, las autoridades civiles y religiosas se enriquecen a costa de los más pobres, el profeta anuncia la llegada de un descendiente de David que vendrá con la fuerza del Espíritu que le llenará con sus dones, el Espíritu que guió a los Jueces de Israel es el que traerá al Juez que cumplirá estrictamente la voluntad de Dios el juez que *«no juzgará por apariencias, ni sentenciará de oídas»*. Así Isaías anuncia, a la vez, un futuro de justicia y derecho con la venida del Mesías.

Este futuro anunciado por Isaías, se hace presente en Jesús de Nazaret, anunciado por Juan Bautista en el desierto, Juan anuncia la llegada del que ya viene a instaurar el auténtico bautismo, no solamente un rito de conversión como el de Juan, sino el bautismo en Espíritu Santo y fuego. Para ello Juan está predicando la necesidad de preparar su venida mediante una auténtica conversión pues ya no valen privilegios, *«Dios es capaz de sacar hijos de Abrahán de estas piedras»*, ahora solo vale la conversión del corazón y desterrar la hipocresía para recibir el Reino de Dios que ya está presente en medio de nosotros. El precursor anuncia el juicio definitivo de Dios y con ello nos dice que es sumamente urgente un cambio para entrar en la salvación.

A la luz de la predicación del Bautista podemos decir que también la Iglesia, hoy, es precursora de Cristo porque, aunque realmente el Mesías ya está en el mundo, la Iglesia tiene que llevar adelante este anuncio del Bautista, señalarlo como ya presente en medio de nosotros, así, cada creyente tiene que ser un precursor, con su vida y con su palabra, del Salvador que está ya cerca de los hombres y es necesario que alguien les anuncie que es así. Porque solo Jesús da sentido pleno a la vida humana.

La venida del Señor parte en dos nuestra historia, pero la línea divisoria pasa más por el corazón que por el espacio en el tiempo. *Antes de Jesús* esperaban los hombres su venida; *después de Jesús* es él quien está pacientemente a la puerta del corazón de los hombres esperando que le abran (Ap. 3,20). Sin un cambio en el corazón con orientación hacia Dios se seguirá viviendo *antes de Cristo*, aunque el calendario señale más de 2000 años después de su venida.

«Vivir para el egoísmo y para satisfacción de los deseos mundanos» (Tit 2,12) es vivir en espíritu *antes de Cristo*. Renunciar a una vida sin Dios para vivir según las exigencias de la gracia en Jesús es vivir *después de él*. La conversión a Dios consiste en hacer que el corazón con sus aspiraciones, se instale definitivamente en ese *después*.

El *“amor propio”* tiende a hacer de cada uno el centro de toda la vida y a organizar todo lo demás en torno al propio yo. La conversión es el proceso en sentido contrario. La conversión pone a Dios en el centro de la vida y de sus actividades y hace que todo gire armoniosamente en torno a él.

Esa es la conversión anunciada por Juan. A los que venían a pedirle normas prácticas de conducta, aconsejaba la comunicación de bienes, la conversión en sentido radical. Y lo hacía con las fulgurantes metáforas ya utilizada por los profetas: *«¡Raza de víboras! Ya está el hacha amenazando a la raíz»*. Y hablaba del biello y del fuego. Inútil, según él, gloriarse de la descendencia de Abrahán carente de obras porque cada uno es hijo de sus obras ante Dios.

Son las obras las que justifican su vida. Lo más urgente es quitar del corazón todo lo que puede hacer incómoda su venida y adornarlo con todo lo que puede ofrecer una estancia agradable. El corazón es como un paisaje, un castillo, una cálida morada a la que viene y en la que quiere nacer Dios. La vivencia de su venida es positiva si deja marca, no es auténtica si no nos acerca más a él.

Es inútil y peligroso pretender salvar la cara ante los hombres pensando que eso nos justifica ante Dios. La conversión pedida por Juan y por Jesús exige una gran dosis de sinceridad interior. *«Todos los que se dejan conducir por el Espíritu de Dios son hijos de Dios»* (Rom 8,14). Donde no está ese Espíritu no es posible celebrar la Navidad.